

Tomás Salvador

División 250



«Fue un día de junio de 1941. Los alemanes acababan de atacar Rusia...». Desde aquel día hasta marzo de 1944, cerca de 47 000 españoles marcharon voluntariamente al frente ruso a combatir el comunismo. Militares profesionales, veteranos de la Guerra Civil y jóvenes ansiosos de aventuras —falangistas en su mayoría que, por el color de sus camisas, dieron nombre a la División—, arriesgaron y sacrificaron sus vidas por su idea de Europa. Casi 5000 quedaron allí enterrados. Tomás Salvador regresó. En estas páginas no entra a valorar los motivos políticos o ideológicos que les impulsaron, simplemente hace una emotiva, detallada y dura crónica novelada, de principio a fin, de lo que vivieron en Rusia. Es una obra coral de la vida cotidiana de aquellos hombres y de los episodios más notables de la División de Voluntarios Españoles, la División 250 de la *Wehrmacht*, la **División Azul**.

El esfuerzo de estos hombres, su extraordinario comportamiento en el frente, fue reconocido con miles de condecoraciones y la admiración del mando alemán. Pero cuando regresaron a España el panorama internacional había cambiado. Con la derrota de Alemania se intentó mantenerlos ocultos y con la llegada de la democracia poco menos que se los demonizó. Lo cierto es que en los campos de Rusia, en los que soportaron unos inviernos inhumanos, escribieron la última gran hazaña del Ejército Español.

Este libro es una cruda novela de guerra, una novela de personas, de soldados; una crónica de otros tiempos, un relato de nuestra Historia todavía reciente.

«Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas
que no puedo dejar de decir que debes de decir
verdad».

Don Quijote Parte II, Cap. XXXI

Doce años después

Invocación. Tiempo

¿Volvemos a los recuerdos porque pretendemos enriquecernos con ellos, o, por el contrario, porque deseamos ser pobres, como entonces, como cuando éramos unos pobres hombres, unos pobres diablos, unos pobres y heroicos soldados con una pobre palabra: Europa, metida en los sesos hasta sentirnos doblemente pobres? No lo sé. Han pasado quince años y había olvidado muchas cosas. Y muchas decepciones han ocupado el lugar de los bríos de entonces. Pero he recordado al «espantajo» y los he sentido en la garganta, como entonces...

¿No sabéis a qué espantajo me refiero? Veré si acierto a expresarme con unas pocas palabras. Este Tiempo-Invocación es para él.

El espantajo o esperpento es la suma de todas las emociones que llevan al hombre al sacrificio. No es la guerra, ni la muerte... es la... no sé... lo es todo, desde el temblor de la piel a la maldición hecha plegaria. Algunos dicen que es la recompensa del soldado. Y que es una dama hermosísima y generosa con sus encantos. Pudiera ser hembra, aunque no lo aseguro, pues yo siempre le vi vestido de soldado; como nada tiene de hermoso y es tan enjuto de carnes que parece un esqueleto, me inclino a creer que se trata de un hombre.

¿Dónde diablos estaba? ¡Ah, sí! La gloria del soldado, decía, es un espantajo, medio loco, con una voz imposible llena de incoherencias y tremendas plegarias, haraposos ante el castigo eterno del viento. Cerrad los ojos, imaginad un espantajo cualquiera en un sembrado. Haced que ese

campo gire vertiginosamente, entre todos los ruidos y luces de la guerra, bajo todas las intemperies... El esperpento estará siempre allí, entre los surcos convertidos en tumbas, voceando como un chiflado, rezando como el hombre que descubre a Dios en cada instante, temblando de frío. No fermenta los cuerpos con cantos gregorianos, precisamente; sólo está allí para que los caídos sientan perennemente la emoción estética más intensa que puede albergar el hombre: la del minuto exacto antes de la muerte. Ni asusta ni divierte, ni ensalza siquiera: acompaña.

Los camaradas que en Possad, y en Sultz, y en los muchos cementerios españoles lloraban al tener que abandonar a sus mejores, fueron también, durante corto tiempo, iguales al espantajo. Pero eran hombres y debían marcharse. El esperpento es también humano; pero no se marchará nunca. Estará siempre allí, para recordar, para emocionar, para responder a las preguntas sin respuesta.

Esto es lo que me obliga a escribir, principalmente. Porque pese a todo —y estoy hablando en nombre de mi generación frustrada— me ha bastado abrir un resquicio al recuerdo para encontrarme enseguida con la cara de los muertos. He visto la sombra del espantajo, eternamente fiel, agitando sus harapos y murmurando sus terribles imprecaciones y heme emocionado. Con ello he comprendido que nunca podré renegar de las horas pasadas, aunque mi experiencia actual me haga ver la tremenda ironía de un libro de guerra reviviendo lo que estaba muerto, recordando lo que se tiene empeño en olvidar.

Hubo un imbécil que aseguró que se emocionaba más ante una cuna que ante una tumba. Es posible. Pero es que ese hombre nunca llevó un fusil, ni nunca vio un hombre con los intestinos helados antes de morir. Lo curioso es que tampoco tuvo hijos nunca.

¡Bah! Quería decir que es natural que la invocación surta este efecto. El peligro crea una tensión exaltada; crea, también, una camaradería capaz de sobreponerse al paso del

tiempo, plena de solicitudes. El recuerdo juega con estos factores y levanta su reflejo sentimental, con luz suficiente para colorear nuestras grises existencias posteriores.

Recurso fácil y efectista parece la invocación a los muertos. Que Dios me perdone si en su nombre desbarrare. Pero es que en ello el recuerdo se hace memoria. Una memoria lacrada y cruel porque nos duele su muerte y su pérdida total, ya que sus cuerpos están, casi sin excepción, en tierra enemiga. Y ello demuestra que en la nebulosa trágica de la guerra existe algo más terrible que la muerte: la indiferencia y el odio cavando la fosa común de los camaradas abandonados.

Tiempo pasado

En estos años, malaventurados años, pasados entre conflictos posbélicos, la aventura de una División de Infantería que luchó en los frentes de Rusia ha sido objeto de muchos comentarios y maniobras, haciendo subir y bajar la presión de los hornos donde se cuecen las habas políticas.

Me refiero a la DIVISIÓN 250, unidad de la otrora poderosa *Wehrmacht*, también llamada DIVISIÓN ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS, DIVISIÓN AZUL, o, simplemente, la «División», que a ningún español de nuestro tiempo se le necesitan aclarar mucho las cosas. Para unos, la División fue una reencarnación de los Viejos Tercios; para otros, la versión moderna de los lansquenetes de antaño. Hasta una persona tan ajena al asunto como el exembajador de los Estados Unidos en España Mr. Carlton J. H. Hayes, metió su cuarto a espadas agregando la sangre de los muertos —¡Ay, Señor!— al cociente de una simple operación comercial liquidadora de deudas antiguas.

Muy bien. Pero, y los divisionarios, ¿qué han dicho, o qué dijeron? ¿Quiénes creían ser? ¿Les preguntó alguien su opinión? ¿Qué hicieron para merecer elogios o denuestos? ¿Tenían conciencia de su misión?

Conste que una vez acabado este prólogo, a modo de justificación de recuerdos, no volveré jamás sobre los problemas políticos de la División Española de Voluntarios. Los hombres que fueron a Rusia no vivían por adelantado. Y todos sus problemas nacían y morían en manos de la acuciante necesidad del instante. El que ellos y sus camaradas alemanes resultasen, a la postre, vencidos, no les cabía en la

imaginación. La realidad, como siempre sucede, les dejó con la cabeza caliente y los pies fríos.

El fenómeno de los voluntarios encuadrados en unidades extranjeras, llevados por la comunidad de ideas o, más genialmente, por la simple intuición del porvenir, ha tenido recentísimamente tres manifestaciones absolutamente diferentes, por lo menos en sus resultados. Me refiero al Cuerpo de Tropas Voluntarias, a las Brigadas Internacionales y a la División Española de Voluntarios.

De los tres, los voluntarios italianos han sido los más olvidados, las Brigadas Internacionales las más glorificadas, la Unidad española la más discutida. ¿Por qué? Es una puerilidad suponer que la política internacional guarda reconocimiento y recoge sentimentalismos. Una victoria puede ser frustrada y una derrota ensalzada. Y los hombres que apostaron una baza pueden ser olvidados o relegados hasta que un nuevo viraje de la política los saca al candelero.

En este juego de oportunidades el voluntario se desconcierta. Obviamente, si además de soldado fuera político, podría sacar más provecho de su aventura. Y aclaro que «la Idea» como acicate de voluntades suele ser de lo más impolítico que se conoce.

Uno, la verdad, se hace un lío tremendo con estas cosas. Sobre los veinte años que tenía entonces, los doce transcurridos son demasiados. Lo curioso es que los eclécticos de la Historia dicen lo contrario, que para fijar los sucesos en la necesaria perspectiva se necesitan muchos más. ¡Vaya usted a saber!

Pero lo cierto es que la DIVISIÓN 250, vista a los doce años de su entrada en línea, ofrece dos de las tales perspectivas, ampliamente desorbitadas las dos, tanto la favorable como la enemiga, puesto que si los adversarios calumniaban acerbamente, los propios se perdían en la maraña de una literatura oficial, fría, ñoña y llena de lugares comunes. De este tejemaneje, la realidad humana de la División Española ha salido perdiendo.

Y sin embargo, el secreto de la División Azul es muy sencillo. ¿Intentaremos decirlo en cuatro palabras? Veamos. La DIVISIÓN 250 estuvo en su día formada por dieciocho mil hombres, mitad veteranos de nuestra Guerra Civil, mitad muchachitos escasos de talla y estrechos de pecho, pero que allí ensancharon los pulmones y criaron margaritas en el pubis; falangistas y no falangistas, universitarios y gañanes, soldados, idealistas y sinvergüenzas —que de todo hubo en la viña del Señor—, valientes unos, fanfarrones otros, quienes fueron se hallaron encuadrados en una disciplina de guerra en tierra extranjera y en condiciones difícilísimas de clima y ambiente.

Lo grande y lo sencillo al mismo tiempo, de esta amalgama, es que de ella salió una unidad típicamente española, con todos los defectos y virtudes de la raza.

Nada más. En todo momento, a miles de kilómetros de la patria, sin retaguardia amable, en condiciones de vida absolutamente inacostumbradas, los voluntarios moldearon a su condición racial cuanto les rodeaba.

Este sentirse español en la bravura y en la picaresca, ante el propio y el extraño, fue la más acusada faceta de la División 250 de la *Wehrmacht*, primeramente encuadrada en el XXXVIII Cuerpo de Ejército, del XVIII Ejército (Sector Nowgorod-Wolchow) y después en el XLIV Cuerpo de Ejército del mismo Ejército (sector Leningrado), desde el 12 de octubre de 1941 al 8 de octubre de 1943. Después se quedó La Legión, hasta el día 21 de marzo de 1944, en que el último puñado de españoles entregó sus armas a la Plana Mayor de Enlace alemana.

Hocicando en mis recuerdos, ahora, recojo en la antena de mi sensibilidad, sobreponiéndose a cualquiera otra impresión, esta faceta humana. Eso era entonces...

Tiempo presente

Ahora, digo y repito, la «División 250» se ha quedado vieja en el recuerdo. Ahora sentirse divisionario no es volver al tiempo pasado. Las armas de nuestro tiempo son otras. La amable presión de muchos camaradas y el aperreado oficio de escribir le colocan a uno ante la disyuntiva de «hacer algo», que dicen ellos.

Uno, la verdad, no tiene competencia ni talla para hacer la gran historia de la División Azul, unidad militar con problemas logísticos, enseñanzas castrenses y ejemplo vivo de movimientos tácticos y estratégicos, con sus listas de altas y bajas, ascensos, recompensas y cartografía de Alto Estado Mayor. Uno no tiene a su disposición los partes militares, los secretos del Servicio de Información que necesitaría dicha historia. Uno, para terminar, tiene algunos mapas, algunos libros, muchos recuerdos personales y algunos datos que le permiten seguir, un poco forzadamente, el hilo de los acontecimientos. Varios camaradas me han ayudado, y también el que fue nuestro general don Emilio Esteban-Infantes, y el comandante Morón Izquierdo. A todos ellos, mi agradecimiento y el deseo de no defraudarles.

Es un jaleo, lo confieso, tener que puntualizar tanto. Pero hay que perdonar la luz por la claridad. Habiendo empezado es preciso terminar de una vez.

Eckmann-Chatrian, a través de *Un quinto del 1808*, enseñaron cómo un soldado puede ver una batalla. No alcanzará a discernir las decisiones del mando, ni siquiera las más sencillas. Pero en su retina se grabarán indeleblemente los pequeños acaecimientos; habrá sido testigo del golpe

de mano, de la muerte del camarada, del júbilo de la victoria o de la amargura en la derrota. Serán las tuyas sensaciones pequeñas, problemas chicos con los cuales irá engrosando el río de los grandes sucedidos.

Eso es todo. En este libro habrá muchos ríos pequeños, aportaciones entre literarias e históricas al gran caudal de lo pasado. Y para no ocultar nada quisiera hacer unas advertencias, ríos menudos de mi problema particular, problemas al filo de estas páginas, que más vale dejar aclarados.

Problema es, en este tiempo presente, el lenguaje del tiempo pasado. El lenguaje de los divisionarios en el ejercicio de su cargo fue un verdadero follón. Incorporaron a sus idiomas de leche unas docenas de palabras alemanas, polacas y rusas que, con el añadido de unos cuantos modismos del más puro sabor cuartelero, formaron un estupendo plato lingüístico. La salsa tiraba a lo picante y estoy seguro que el regusto de aquellos galimatías dejará sin resuello a muchos camaradas de los que hoy doblan el espinazo delante de las damas. ¡Si ellas supieran!

Pero no era esto lo que deseaba decir. Quería avisar que no hurtaré el pecho a dicho lenguaje. Además, aclaro: los escritores, comúnmente, al reseñar o dialogar, entrecomillan las palabras dudosas, los barbarismos o neologismos. Lo hacen, pasándose de listos, para advertir que son hombres cultos y que no ignoran lo pontificado por la madre Academia. Yo no voy a poner una sola comilla. Los vocablos extraños ahora, entonces no lo eran; sencillos, expresivos, contundentes, formaban parte del diario expresarse de los que allí estaban y no tenían vuelta de hoja. Naturalmente, no respondo de la ortografía, la fonía y demás sindéresis. Ocurre que tanto los alemanes como los rusos empleaban, y emplean, demasiadas consonantes para decir las cosas más sencillas. Allá ellos. El «Auf Wiedersehen» era para nosotros «o firensé»; y el rotundo «Ja Wohl», un «Ya voy» cualquiera que levantaba ampollas. Y así hasta ciento y la madre.

Pero eso no deja de ser natural. Como lo será el que yo confunda un pueblo por otro y me vaya por las nubes al poner nombre a un cerro. Muchos de los protagonistas, a quienes interrogué, ni siquiera recuerdan los nombres de los pueblos que tuvieron a sus espaldas. No creo que tenga mayor importancia.

Mayor la tendría dar nombre a los actores, vivos y muertos. Recuerdo a varios, conozco a muchos, tengo listas. Pero olvidaría por lo menos a otros tantos. No voy, pues, a citar nombres, excepto aquellos que por su dimensión histórica o por su sacrificio son de por sí, cronológica e históricamente hablando, contrafiguras reales de lo que de imaginado habrá en esta relación. Este libro, además, no tendrá un solo protagonista. Es decir, lo será la División entera a través de sus soldados. Uno acá, otro acullá y el de en medio, paso cojo. Nombres fantasmas en cuerpos reales, que es lo bueno, pues los que luchan y sufren son los cuerpos y las almas, no los apellidos.

Pido al Dios de los soldados que me vaya abriendo camino. La narración irá detrás. Lo demás se nos dará por añadidura. Hasta lo que necesite toda vuestra capacidad de disimulo, de cordialidad.

Fue hace... años. Un día de julio de 1941. Los alemanes acababan de atacar a Rusia y un estremecimiento sacudía al mundo entero...

1941

Nota del Editor: En el mapa están marcadas las fronteras actuales, que no se corresponden necesariamente con las del año 1941 que menciona el texto (especialmente Polonia).